

Homilía de XX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“También los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos”

Introducción

La liturgia de la palabra de este domingo encuentra en el extranjero una densidad especial del ejercicio de la fe. Curiosamente a los ojos de los judíos los paganos no eran más que perros. De ahí que la frase resaltada al inicio tal vez no nos resultaría tan dura, impactante y sorpresiva si no saliera de los labios de Jesús.

Sin embargo, si logramos trascender los condicionamientos inherentes al texto y el marco en el que ha sido conformado, podremos atisbar el modo misterioso e igualmente sorprendente en el que el Dios de Jesús actúa en la historia. De modo que a quien tenemos por el ajeno, el otro, el diverso, es decir, todos aquellos que “no son de los nuestros” tienen una voz, un papel en la historia salvífica y, aún más, pueden enseñarnos a vivir la fe en su sentido auténticamente evangélico y, por tanto, liberador.



Fr. Ramón Alberto Núñez Holguín O.P.
Convento de Sto. Tomás de Aquino "El Olivar" (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 56, 1. 6-7

Esto dice el Señor: «Observad el derecho, practicad la justicia, porque mi salvación está por llegar, y mi justicia se va a manifestar. A los extranjeros que se han unido al Señor para servirlo, para amar el nombre del Señor y ser sus servidores, que observan el sábado sin profanarlo y mantienen mi alianza, los traeré a mi monte santo, los llenaré de júbilo en mi casa de oración; sus holocaustos y sacrificios serán aceptables sobre mi altar; porque mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos».

Salmo

Salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8 R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.

Que Dios tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. R/. Que canten de alegría las naciones, porque ríges el mundo con justicia, y gobiernas las naciones de la tierra. R/. Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que Dios nos bendiga; que le teman todos los confines de la tierra. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 11, 13-15. 29-32

Hermanos: A vosotros, gentiles, os digo: siendo como soy apóstol de los gentiles, haré honor a mi ministerio, por ver si doy celos a los de mi raza y salvo a algunos de ellos. Pues si su rechazo es reconciliación del mundo, ¿qué no será su reintegración sino volver desde la muerte a la vida? Pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables. En efecto, así como vosotros, en otro tiempo, desobedecisteis a Dios, pero ahora habéis obtenido misericordia por la desobediencia de ellos, así también estos han desobedecido ahora con ocasión de la misericordia que se os ha otorgado a vosotros, para que también ellos alcancen ahora misericordia. Pues Dios nos encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 15, 21-28

En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: «Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo». Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: «Atiéndela, que viene detrás gritando». Él les contestó: «Solo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel». Ella se acercó y se postró ante él diciendo: «Señor, ayúdame». Él le contestó: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». Pero ella repuso: «Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos». Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas». En aquel momento quedó curada su hija.

Pautas para la homilía

“Atiéndela, que viene detrás gritando”

Al parecer el otro se nos presenta casi siempre detrás y muchas veces gritando, aunque sea con un escandaloso silencio. En este último caso, nos puede resultar difícil interpretar las necesidades de nuestro prójimo, pero ello no significa que no estén presentes. Y así el otro se me convierte en obviedad, en costumbre, en alguien a quien respeto tanto que procuro no inmiscuirme en el más mínimo de sus asuntos. Al final, es un respeto que raya en la indiferencia, en la falta de empatía, en no tener compasión. Esto puede darse con cierta frecuencia en relación a nuestros prójimos cercanos.

Es cierto que en los tiempos que corren es sumamente positivo que seamos capaces de abrirnos a los que se encuentran lejos, que podamos sentir el sufrimiento del otro aunque se encuentre a grandes distancias de nuestro territorio geográfico, psicológico, político, religioso e incluso afectivo. Pero es igualmente importante no perder de vista los gritos a los cuales estamos acostumbrados o que aún no hemos podido reconocer porque nos cuesta transformar nuestros sentidos. Esos gritos cotidianos que nos urgen ser atendidos: gente que reclama enojada, cercanía; autonomía, en compañía que le deje ser el mismo; y así tantos otros modos que expresan la necesidad del que está próximo a mí, de liberación personal, de afecto, de búsqueda de sentido, de sanación.

El pasaje evangélico de este domingo pone en escena a una mujer cananea, a un “prójimo lejano” que lanzaba gritos a Jesús, que clamaba hasta el punto de reconocerle Mesías, cosa bastante inusual viniendo de una pagana. Jesús no se inmuta, tan sólo la petición por parte de los discípulos abre la puerta a un diálogo que deja ver, aparentemente, la actitud de Jesús. De cualquier modo la escena final concluye con la curación de la hija de aquella mujer.

De manera que el evangelio nos muestra, a pesar de su crudeza, que asumir la compasión como clave relacional con el otro supone, primero, reconocerle con su voz propia y, la más de las veces, acoger el sentido profundo del reclamo silencioso o a gritos que nos hace. En el caso de la mujer cananea, por ejemplo, el reclamo no es solo la liberación de su hija, sino que bien puede ser el poder acercarse a Aquél que es el Mesías y desde un diálogo entre dos libertades ser objeto de su compasión, aunque no se forme parte del pueblo escogido.

“Mujer, qué grande es tu fe”.

Esta declaración encierra la manifestación de una fe honda que es la que en definitiva consigue el milagro de la curación. Sin lugar a dudas este es uno de los pasajes evangélicos más sugerentes por las connotaciones que pueden suscitar en nosotros los creyentes del presente siglo. Esta mujer es cananea. No es depositaria de la promesa, y Mateo ha puesto en su boca, no obstante, el título “Hijo de David” por el que se reconoce al Mesías esperado. No conforme con esto, nos la presenta como objeto de la compasión de Dios. Ello nos sugiere que la acción de Dios no está supeditada a una religión, cualquiera que esta sea, ni a nuestros esquemas mentales ni a nuestra idiosincrasia, lo cual nos lleva indefectiblemente a aprender a aquilatar los fundamentos de nuestra propia fe.

En consecuencia, la fe puede brotar de “lugares insospechados”, no suscritos a la ortodoxia. He aquí la gran novedad de la pedagogía divina, que nos ensancha en el camino hacia nuestra plenitud personal mientras vamos junto a otros, cercanos o lejanos, nacionales o extranjeros, cristianos o no cristianos, enseñándonos mutuamente que, a fin de cuentas, la fe es patrimonio de cualquier corazón humano capaz de abrirse a la presencia de un Dios que se manifiesta siempre actual, inabarcable e incontenible en la historia humana y más allá de ella.



Fr. Ramón Alberto Núñez Holguín O.P.
Convento de Sto. Tomás de Aquino "El Olivar" (Madrid)

Evangelio para niños

XX Domingo del tiempo ordinario - 17 de agosto de 2014



Curación de la hija de una cananea

Mateo 15, 21-28

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: - Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo. El no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: - Atiéndela, que viene detrás gritando. El les contestó: - Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel. Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: - Señor, socórreme. El le contestó: - No está bien echar a los perros el pan de los hijos. Pero ella repuso: - Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos. Jesús le respondió: - Mujer, ¡qué grande es tu fe!, que se cumpla lo que deseas. En aquel momento quedó curada su hija.

Explicación

Cuando Jesús fue a la región de Tiro y Sidón, una mujer cananea le pidió que curase a su hija pues tenía un demonio muy malo. Pero Jesús al principio no la hizo caso, ella insistió y Jesús le dijo: - "No está bien que te ayude a ti en vez de hacerlo a los de mi pueblo". y ella le contestó: -¿Pero no podrías darme algo de lo que les sobra a los de tu pueblo? Y Jesús la felicitó por su fe y curó a su hija.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

VIGESIMO DOMINGO: TIEMPO ORDINARIO -"A" (Mt. 15, 21-28)

NARRADOR: En aquel tiempo, Jesús se marchó y se retiró al país de Tiro y Sidón.

Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

MUJER: Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.

NARRADOR: Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

DISCÍPULO1: Maestro, atiéndela, que viene detrás gritando.

DISCÍPULO2: No ves, Señor, con que fuerza te lo pide, está desesperada.

NARRADOR: Él les contestó:

JESÚS: Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

NARRADOR: Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió:

MUJER: Señor, socórreme.

JESÚS: No está bien echar a los perros el pan de los hijos.

MUJER: Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

NARRADOR: Jesús le respondió:

JESÚS: Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.

NARRADOR: En aquel momento quedó curada su hija.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández